

Novedades bibliográficas

Librería de la UCA

LUIS ARMANDO GONZÁLEZ

WALLERSTEIN, I., *Impensar las ciencias sociales*. México, Siglo XXI, 1999, 309 pp.



Para muchos, el conocimiento científico-social está en la actualidad en pleno apogeo. Viejas disputas se han superado —por ejemplo, la que enfrentó a los defensores de una paradigma “comprensivo” con los defensores del paradigma “explicativo”— y, por consiguiente, de lo que se trata es de respe-

tar la especificidad de cada saber, sea natural o social, sin pretender hacer del primero el modelo del conocimiento científico o hacer del segundo algo tan singular que rompa con la racionalidad propia del discurso científico. Quienes se inscriben en esta tendencia harían gala de un “optimismo epistemológico” que, aunque discutible, constituye una de las características del pensamiento occidental moderno, desde Descartes hasta Karl Popper.

Hay quienes, por el contrario, no ven las cosas tan positivamente. Precisamente, Immanuel Wallerstein, en *Impensar las ciencias sociales*, esboza una sugerente crítica a esa epistemología optimista, tal como se ha expresado en las ciencias sociales desde el siglo XIX. La crítica de Wallerstein se dirige hacia lo que él considera una doble debilidad en las ciencias sociales.

En primer lugar, el uso del engañoso concepto de desarrollo, que ha generado “falsas expectativas (tanto a nivel intelectual como político)” (p. 4). “El desarrollo como el logro de ‘más’ —dice el autor— es el mito de Prometeo. Es el cumplimiento de todos nuestros deseos libidinosos; es placer y poder combinados, o más bien, fusionados. Hay deseos dentro de todos nosotros; lo que la economía-mundo capi-

talista ha hecho como sistema histórico es hacer socialmente legítimos por primera vez esos deseos” (p. 118).

En segundo lugar, la eliminación del Tiempo-Espacio del análisis socio-histórico. “Uno de los logros más notables de la epistemología de las ciencias sociales ha sido eliminar el Tiempo Espacio del análisis, lo que no significa que nunca se haya hablado de la geografía y la cronología. Claro que sí, y mucho, pero se las ha considerado constantes físicas y por lo tanto variables exógenas más que creaciones sociales fluidas y por ende variables no simplemente endógenas sino cruciales para comprender la estructura social y la transformación histórica” (p. 4).

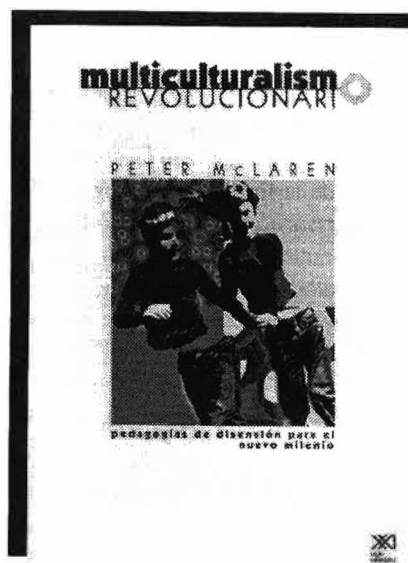
Esas dos graves limitaciones deben ser superadas, insiste Wallerstein. Y, a su juicio, hay dos pensadores que pueden ser de utilidad en esa tarea: Karl Marx y Fernand Braudel. El segundo contribuiría a la recuperación del Espacio-Tiempo en las ciencias sociales. “Me gustaría tomar los cuatro tiempos de Braudel —el tiempo episódico, el co-

yuntural, el estructural y el de los sabios— y afirmar que cada uno tiene un espacio; también me gustaría declarar que el tiempo y el espacio no son categorías separadas, sino una sola: lo que yo denomino TiempoEspacio” (p. 153).

Marx, el último economista clásico, en opinión de Wallerstein, ayudaría a repensar el concepto de subdesarrollo. “El subdesarrollo es un concepto que abre las puertas a análisis que por sí mismos podrán confirmar el impulso esencial de la perspicacia de Marx sobre el desarrollo histórico mundial, y de manera específica sobre los procesos históricos del método de producción capitalista” (p. 168).

“Impensar las ciencias sociales con la ayuda de Marx y Braudel”. Este parece ser el desafío que Wallerstein quiere lanzar a los científicos sociales de nuestro tiempo. Hay que impensarlas porque sus presuntos logros se sustentan en bases débiles. Quizás habría que hacerse cargo del desafío lanzado por Wallerstein, para lo cual la lectura de su libro es un paso obligado.

McLAREN, P., *Multiculturalismo revolucionario. Pedagogía de disensión para un nuevo milenio*. México, Siglo XXI, 1998, 307 pp.



Estados Unidos es un país complejo y diverso. El multiculturalismo es uno de los ejes de esa complejidad y diversidad. Al mismo se asocian no sólo las más variadas formas de injusticia —económicas, raciales y educativas—, sino también importantes potencialidades de cambio.

Peter McLaren, en su libro *Multiculturalismo revolucionario*, aborda el espinoso tema del impacto de la educación en la sociedad estadounidense y, en dirección inversa, “de qué forma nuestro trabajo como educadores está resultando afectado por la diversidad

creciente en el acceso a los recursos valiosos y por una mayor división de clases en Estados Unidos y en el resto del mundo”(Sharon D. Welch, “Prologo”, p. XXXIV). Asimismo, McLaren analiza los “sitios de resistencia”, es decir, los “movimientos mediante los cuales estudiantes, trabajadores y comunidades crean y mantienen formas de identidad individual y grupal que desafían los dictados de una economía de consumo” (Ibíd).

Con todo, el autor es muy pesimista con respecto al último aspecto. “Los espacios de esperanza sí aparecen —dice—, pero rara vez por un accidente histórico. A veces ocurren en la indecisión momentánea del mercado; otras en una rara parálisis del odio en la amenazante maquinaria del capital; pero sin importar la razón, estos espacios necesitan tomarse estratégicamente” (p. 2). De lo que se trata es de aprovechar esas oportunidades, esos “espacios de esperanza”, a sabiendas de que si bien es cierto que “dan aliento a las fuerzas de la justicia”, en sí mismos no son suficientes: esos espacios “deben darse a conocer al público; deben ampliarse para que dejen de ser espacios y se conviertan en ámbitos, para que dejen de ser espacios individuales y epistemologías privadas y se conviertan en ámbitos públicos de esperanza y lucha de identidades colectivas” (Ibíd).

Para McLaren, la educación es clave en esta “toma estratégica” de los espacios de esperanza y de su construcción en ámbitos públicos. Reconocer eso supone también reconocer que los educadores y trabajadores culturales

resienten de una época —la actual— en la que “la cultura y la historia estadounidense amenazan la autonomía del hombre, en vez de ejercerla” (p. 44). Al mismo tiempo, “las imperiosas necesidades ‘democratizantes’ de la iniciativa privada, el trabajo asalariado, el libre comercio y los otros ejes fundamentales del nuevo sistema mundial capitalista que fueron anunciados por la tercera revolución industrial de la tecnología del cómputo, ha envuelto a los individuos en una telaraña de lógica promocional trazada por el dinamismo victorioso del etnocentrismo” (Ibíd.).

Hay que romper, desde la educación, con ese “dinamismo victorioso del etnocentrismo”. Para ello, “como educadores necesitamos ir más allá del concepto de multiculturalismo como pluralismo liberal, dado que el pluralismo siempre tiene un centro de gravedad ideológico que rara vez se define por lo que es: el pluralismo liberal como política del capitalismo patriarcal supremacista blanco”(p. 48).

Una “pedagogía crítica”, inspirada en las ideas de Paulo Freire, es ese “más allá” que reclama McLaren. En su opinión, “para los oprimidos y no oprimidos por igual, la vida y obra de Freire ha servido como un puente afirmativo de la vida entre la desesperanza privada y la esperanza colectiva por el yo y la transformación social... En un momento de la cultura estadounidense en el que se ha logrado expulsar a la historia de la formación del significado y se ha puesto en cuarentena a la esperanza durante la expansión frenética del capital hacia regiones de la vida pública y privada anteriormente inimaginables o impesables, si descartamos la pedagogía de la liberación de Freire lo haremos so riesgo propio” (pp. 73-74).

Ese es el desafío lanzado por McLaren a los educadores. Habrá que meditar sobre el mismo, para ver hasta qué punto su propuesta puede contribuir al rescate de esos “espacios de esperanza” que, de cuando en cuando, se abren en el capitalismo.